

meditaciones sobre la psicología del país; al examinar un suceso y la conducta de quienes lo llevaron a cabo se está entrando de lleno a reflexiones sobre las calidades espirituales y humanas de una nación y de ahí han de brotar expresiones elogiosas o discrepantes. La historia y la tradición están confundidas con el hombre, son los vínculos que lo unen al pretérito, fuente de ejemplos dignos de ser imitados. Señalar un gesto o una actitud admirable no significa abandonar el presente al hundirse en las raíces de lo que fue, sino que proyectarse al futuro, al entregarlo a la consideración de los que vendrán es depositar un legado que debe actualizarse, mejorarse o acrecentarse, desproveyéndolo de todo aquello no vigente o caduco.

El señor Doussinague al evocar las fisonomías de don Pedro de Valdivia, Inés de Suárez y algunos bravos que los acompañaron en su peregrinaje, de carácter militar y misionero, ya que al fundar Santiago del Nuevo Extremo, se clavó el estandarte y la Cruz del apóstol, al pronunciarse sobre sus rasgos peculiares y las cualidades que los adornaron, los menciona cual modelos, haciendo hincapié en las galas que ornaron sus figuras.

En este aspecto, el libro del señor Doussinague cumple su cometido magníficamente, hay en sus páginas todo un examen acucioso, presentando con soltura y amenidad, luminoso y bien diseñado.

Suele creerse que la diplomacia es sinónimo de adulación y disimulo —por no decir hipocresía— que es aconsejable la frase de protocolo antes que adelantar una opinión decidida. El error está a la vista. Diplomacia es sinónimo de cultura y caballerosidad, de tacto y finura, de verdad proclamada sin embages ni reservas.

José María Doussinague está dando la clave del asunto. Su libro "Pedro de Valdivia o la novela de Chile" rezuma auténtica complacencia, no contiene halagos vacuos, antes bien su convencimiento no obedece a razones de alta política sino que a una radiografía veraz y objetiva, de la que —ocioso parece agregarlo— brota una alabanza espontánea y sincera, luego de calibrados todos los elementos en juego.

Chile está en deuda con este eminente diplomático español, que bajo cielos europeos, no ha podido vencer esa íntima, recogida sombra sobre el corazón: la nostalgia.

TOMÁS P. MAC HALE

<https://doi.org/10.29393/At404-63NALG10063>

La Noche Ajena, por FERNANDO GARCÍA BLEST,
Zig-Zag

En la novela en general se distinguen dos formas bien precisas. La una es la simplemente narrativa que sólo se preocupa del ir y venir de los personajes, de sus situaciones ya dramáticas, ya cómicas. Mantienen al lector en angustioso suspenso. La segunda es aquella para quien este dinamismo es secundario, que no le importan el entretenimiento ni la tristeza ni la alegría del que quiera evadirse de sus propios e inmediatos problemas. La primera es ágil, se lee de una vez. La segunda es morosa, lenta. Está atenta al desarrollo del subjetivismo del personaje, o sea, del autor.

La NOCHE AJENA podría ubicarse entre las obras sin complejidades, que tiende a entretener con la simplicidad de su trama y la escasez de personajes. La acción se desarrolla como un hilo de agua. No como un torrente. Seis protagonistas se mueven en un accionar convencional, como marionetas, cuyos alambres se ven bajar y subir desde las manos del autor. Son dos matrimonios con conflictos paralelos, más sendos amantes que complican la acción o sirven de nexos para las resoluciones.

Los personajes masculinos son, uno pusilámide, DANIEL, tímido, evolucionado, analizador pertinaz, hasta el masoquismo. El otro, DINAMITA LÓPEZ, es boxeador, primitivo, torpe, sin sutilezas psicológicas ni problemas amorosos. Jamás se imagina que su mujer pueda engañarlo. ¡Tan seguro está de su potencia genésica!

Las dos mujeres del melodrama, CATALINA y ESTELA, aparecen arteras, simuladoras, calculadoras, egoístas, atentas a sus propios instintos. Más refinada Catalina, la esposa de Daniel; más sórdida Estela, la mujer del pugilista. Catalina es festiva, sensual con cierto romanticismo que la empuja a buscar un ideal en cada hombre que no sea su marido, coquetea con un primo muy bien plantado, elegante, de enfática conversación. Tan distinto de su apocado consorte que sólo sabe espiarle la dirección y brillo de su mirada, la entonación y sugerencia de la palabra. Este es amigo de la casa, visita asiduamente a la pareja, esté o no esté el jefe del hogar. Da la impresión de que éste consintiera, parte por timidez, parte por gozar de su humillación, imaginando escenas procaces.

Equilibrando las acciones, en la segunda pareja, aparece un rufián que, da la casualidad, es amigo de Daniel. Se enreda en un amor equívoco con Estela, hembra de López, debido a las facilidades de encuentro que da un bar, que el pugilista ha montado para defenderse del fracaso de sus ambiciones de estrellato boxeril. Estela se ofrece a Pedro Castro, lo enardece con la prolongación de la entrega que nunca llega, a pesar de excitaciones y besos furtivos. La mujer quiere utilizar a Pedro para deshacerse de su indiferente marido que la ha defraudado al no llegar a ser el hombre famoso y rico que ella se imaginara. Este Pedro Castro cae en las seducciones sexuales de la mujer y, al no poder poseerla, se irrita cada vez más violentamente y termina por desear la muerte del Dinamita.

Un contagio criminal impulsa a todos los personajes a *matar*. Daniel anhela suprimir, en su subconsciente por supuesto, a su rival, Alfredo. Estela negocia la muerte de su boxeador a manos de su frenético posible amante, categoría a la que sería acreedor sólo después del asesinato. Todo se enreda de tal manera que el asesinado no es ni Alfredo, ni Dinamita López, ni Catalina, ni Pedro Castro, el más torvo y merecedor del castigo. Lo es Estela, la malvada, cínica y pervertida mujer del pugilista. Y nada menos que por las manos vengativas del exacerbado y celoso prometido amante que no ha podido resistir la violencia de su deseo bestial: por... Pedro Castro. Amanece su cadáver en un hoyo basurero de las afueras de la ciudad. Esta excavación es como un símbolo freudiano. Es la cloaca donde van a parar los soterrados y contenidos deseos de los personajes.

Esta trama entretiene, mantiene en suspenso, como en las novelas policiales. Sin embargo, creemos que este nudo, este accionar no lo es todo en esta *Noche Ajena*, que no vivió quien más la deseaba desde lo más profundo de su subconsciencia. Destaca el conocimiento clínico de los temperamentos sicopáticos de estos extraños seres. Por ejemplo, es interesante ese complejo de culpa de Daniel que "sueña" que ha asesinado a Alfredo. Es tan vívida, tan veraz esta venganza onírica que se siente asesino y pena por ello. El autor hace un diagnóstico de especialista cuando dice: "la mirada fija en el espacio, los maxilares apretados por temblaqueantes músculos que le impedía gritar sus angustias, se abandonó a sus cavilaciones. "Actuar, actuar" en el ansia del pusilámine. "Oh, por qué no sucederían los acontecimientos de un modo fácil? Acostarse una noche para dormir, y en la mañana siguiente, encontrar cumplidos los objetivos". Y todo movido por el morbo de los celos, ese subproducto del complejo de inferioridad que tanto atormenta a los que caen bajo su imperio. Toda su vida torturado imaginándose escenas agobiantes: "¡Allí mismo surgían las imágenes de los otros dos amándose con incontenible ardor! ¡Besos, besos! Alfredo, como él tantas veces, la besaría también en la oreja menudita y carnosa; y ella, igual que antaño, retorcería su cuerpo para dar a cada una de sus fibras el temple necesario".

Tal vez el personaje que sigue en relieve a Daniel sea la vampiresa Estela, compleja, dominada por el sexo, ambiciosa. Todo un haz de morbos. Para qué analizar a ese ser miserable que fue Pedro Castro, o a ese presumido y narcisista Alfredo o a aquel vegetativo púgil.

En suma, todo un muestrario de patológicos personajes, que dejan un amargo regusto, una opresión, que hacen de *La Noche Ajena* una novela pesimista donde hombres y mujeres son simples muñecos movidos por los hilos muy visibles de pasiones arrolladoras.

La obra está escrita en prosa cuidada, sin alardes literarios, ni técnicas.

L. G.

Temporal, de HUGO ZOMBETTI, Santiago de Chile, 1962

La lírica más reciente de nuestro país tiende a una expresión sintética cada vez mayor. Predominan los poemas de dimensión minúscula, en contraste con el amplio espacio temático de nuestros poetas máximos, aquéllos "marbiblicósmicos" que bautizara Juan R. Jiménez. La de ahora es una poesía instantaneísta, en que cada poema pretende ser una breve huella de intimidad. Por eso, la intensificación del subjetivismo y la combinación de nitidez y atmósfera —perfil y sugerencia— son los indicios más fisiognómicos de esta poesía.

Zambelli y el libro suyo que comentamos se insertan visiblemente en esta tónica. Su mundo poético es de aire libre, adivinándose en él, estilizado y abstracto, el paisaje de Calbuco. Pero a pesar de esto, los elementos de gran peso físico (el sol, el mar, el cielo) aparecen como desprovistos de carnazón material: